



La Cuca Fera, l'Aguila, el Bou, els Cavallets de Tortosa

La investigació històrica evidencia cada dia que la verdadera historia de un país —o de una ciutat— se halla menos en las genealogías de sus monarcas y en sus gestas, que en la pequeña historia de sus ciudadanos que labran sus tierras, crían sus fincas, crían sus hijos, y mueren en paz. El tipo de historia tónica, sin embargo, la dificultad del momento de sus héroes, cuyos «hazañas cotidianas» se cuentan en crónicas y cuyo perfil social solo se consigue con gran acierto de materiales interminablemente dispersos en la mayor parte de las veas.

En esta línea hemos comenzado a historiar algo tan popular y típicamente como las Fiestas, las Procesiones de Tortosa. La más antigua de ellas, la del Corpus, que estableció Juan XXII a principios del siglo XIV y que consta documentalmente se celebraba ya en Tortosa en 1330 en forma pública y solemne. Para esta búsqueda hemos precisado revisar el Clavari de la ciudad (180 volúmenes) que de 1318 a 1709 nos ha informado en sus «Díes Comunes». La gran cantidad de datos que tal consulta nos ha proporcionado nos permitiría reconstruir con precisión inexacta la Solemne Procesión desfilando por las calles de la Ciudad (por el «Vall santalamar» o frente al Ayuntamiento adornado con «mirras» y «juncas» y luciendo sus «torceras sobre los «caldafes»). Pero hemos de destacar brevemente las representaciones alegóricas, «las

entrances» como dicen los manuscritos del XIV —los «pasos» como diríamos hoy— de cuyos rituales medievales ocuparon con vida una figura y unos animales de las que los gigantes y la cuca fera han pervivido hasta nuestros días.

Hemos hablado en otras ocasiones del romance del tortosino Rector de Vallfogona, que nos sitúa a principios del XVII otras especies desaparecidas ahora: El «aguila», el «bou», los «Cavallets». De aquí partió nuestro deseo de conocerlas y recuperarlas.

La referencia del Clavari a las «entrances» de la Ciudad (de las que la «Cuca Fera» es parte integrante) es, como hemos visto, de finales del siglo XIV. Pero la primera vez que hemos encontrado a la «Cuca Fera» citada por su nombre es en el año 1457, cuando se estipula la cantidad pagada por el Clavari «en ayuda del entrans de la cuca fera». A partir de esta fecha las referencias sucesivas hasta nuestros días. Con frecuencia de parábola católica y «características psicológicas de animal escupido de un bestiario románico, no es extraño que tuviera un papel de diablo importante y muy presente en el relato de la dramática y mágica tecnología popular de la alta edad media: El maligno vencido y destituido ante el Coroner Xrúf lamitoso y dominador. Pero la «Cuca Fera» no ha pertenecido a la Ciudad, así se deduce del Clavari, y el Rector de Vallfogona afirma que era de la Cofradía de Pescadores en el siglo XVIII, siendo finalmente de la de la Cita. Un detalle a recuperar, perdido con el tiempo, es la exhalación de fuego ruidoso y humeante por sus fauces, «colletes i pitlars», según el Rector de Vallfogona.

Este año reanudará su interrumpido desfile en la Procesión con ocasión de las Fiestas de la Cita, después de unos docientos años de ausencia, el «Aguila», en espera de que sus competidores puedan hacerlo en el Corpus que es su marco tradicional.

El «Aguila» se halla más documentada, debido a haber sido siempre propiedad de la Ciudad. Solemne y Municipal, desfilaba en 1556 ostentando un escudo de la Ciudad. Cuenta en el Clavari el pago de 4 individuos «per haver guardat la aguila que no se entansa i per ferli fiertes, ayudando al portador a sostenerla, lo que nos da idea de su tamaño e importancia. En su año de 1556 cuando la Ciudad acomete la construcción de la nueva aguila (a semejanza de Barcelona tendría otra anterior de plomo y ahora la hace de hierro, 21 años antes que la Ciudad Condal si siguió a Amadeu en su Costumari Català). Hasta los detalles de su ornamento nos son dados con precisión por el Clavari: «A Joan Desí, pintor,

per lo que ab ell es concertat per pintar i fer les plomes i acabada de tot la aguila... e per lo or de bore per al plomero». Pero la referencia más concreta a su construcción a expensas de la Ciudad, es de fecha 28 de julio de 1556: «diti dia i any paga de part del magnífic procurador a Antoni Boteller... per lo fabricar de l'aguila que fan la Cita, llevats los orpells i pintar que la Cita i por lo pintor...». Si destacamos esta condición —exclusiva del aguila— de ser propiedad de la Ciudad, es precisamente porque de las dos interpretaciones que suelen darse a la presencia de este arropante animal en las procesiones catalanas (Aguila simbólica del evangelista San Juan, o bien, Aquila heráldica albina de la Casa de Aragón) nos inclinamos por esta última. En primer lugar: porque solo las Ciudades de Cataluña tenían el privilegio de tener Aguila, y Tortosa es Ciudad muy vinculada por otra parte a la casa de los Condes-Reyes. En segundo lugar: por la importancia dada a su construcción de tal envergadura y empeño, que se contrasta a uno de los mejores pintores de la Ciudad, y se emplea el oro en la decoración de sus plumas. Era, pues, un símbolo destacado de todos los que le rodeaban, ocupando incluso lugar preferente en la Procesión. El aguila ejecutaba una danza especial que —con referencia a otras ciudades de Cataluña— recoge Arnau en su Costumari Català, y que esperamos poder ensayar con la muestra ahora que ha resucitado. El propio constructor Mosen Boteller era por lo visto el portador. En 1586 el Clavari menciona: «diti dia a Mosen Boteller per anar a ballar la aguila en la procesión del Corpus...», y al año siguiente: «a Antoni Boteller per haver ballat la aguila...», mientras los «vergers» de la Ciudad le abrían paso solemnemente.

En cuanto al bou, a parte de la cita del Rector de Vallfogona, testimonio ocular de la Procesión del Corpus en los primeros años del siglo XVII, solo hemos podido hallar una referencia en el Clavari de 1557 gratificando «als del ioch dels boues». Lo cual parece dar a entender que eran más de uno, siendo así que en tiempos del Rector de Vallfogona había un solo «Bou». Se trata al parecer del bou de San Lucas (símbolo del evangelista en todos los Pintoceras), o del bou del Nacimiento, ocupado de un «entrans» que acabaría desapareciendo y al que sobrevivió la figura accidental del bou, junto al peñón. No faltan folkloristas que lo remontan a los antiguos ritos poblicíacos —recordemos las pinturas rupestres en que aparecen hombres con cabeza de bovido, sacerdotes muy probablemente de un culto mágico— interpretación muy ordenada, aunque entendemos que (al menos en nuestras tierras) no excluye otro que completa la del «entrans» del Nacimiento. En el fondo una de tantas representaciones populares, campesinas —paganas— a los misterios del Cristianismo.

Finalmente los «Cavallets» aparecen —con el «Bou»— entre un ioch, lo que nos deja un poco del «entrans» original. «A 21 de jany de 1589... año que feren lo ioch dels cavallets...», juego que iba acompañado del son de cascabels que se alababan al oírlo. En 1586 aparece una partida de Clavari: «per lo llegar de 65 cavalls dels cavallets allegats als castes de los gallores...». Según todos los indicios se trata de una simulación de batalla entre turcos y cristianos, y en consecuencia no se rememorarían tanto en el tiempo como los demás animales, ni tendrían una significación tan precisa, religiosa o heráldica, aunque según Arnau se nombran ya en Plinio el Joven como objeto de fiesta popular.

Procesión luminosa y pastoral, popular y teológica, con sus juegos y representaciones, sus danzas —ball de bastons, ball d'espases, esta última viva todavía en los espaldareros vascos—, Pero hoy hemos querido presentar simplemente los animales de nuestro card de Fiestas de este año, y especialmente el «aguila» que la Ciudad restituye a nuestras Procesiones, a más de construirnos años de su construcción y de su decoración por Joan Desí.

J. Masxer
Director del Archivo y Museo
de la Ciudad

